

Editorial

Misma lengua, varios acentos: las sendas abiertas de nuestras geografías

Voltaire Alvarado Peterson

*Profesor de Historia y Ciencias Sociales (UAHC),
Magíster en Geografía y Geomática,
Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile
E.mail: vcalvarado@uc.cl*

El espacio evidencia los derroteros de lo social en distintas escalas. Estas, reflejan ciertas contradicciones, muchas de ellas características del concierto actual en el desarrollo de las ciencias de la Tierra y del Espíritu. La antigua distinción, entre sujeto y materia, pareciera no haber claudicado jamás en ciertas disciplinas. La escala geográfica ha logrado establecer una hilvanada trama de fuertes sogas y lienzas, las que sistematizan la simbiosis entre sociedad y naturaleza aspirando, quizás, a disolver los puntos ciegos que separaron ambos mundos.

La tentativa de los equilibrios asusta a quien produce conocimiento y describe la multidimensionalidad de lo espacial. Clausurar el debate asusta, por lo que es necesario convocar a ciertos exámenes rutinarios en las trayectorias de las ciencias. En este caso, la geografía actual discute sobre la escala asumiendo que ella es ambivalente en cuanto a sus alcances y facetas. Investigadoras e investigadores han levantado querellas para dar caza a la disyuntiva: ¿es la escala un problema teórico o metodológico?

Si fuera lo primero, habría que considerar una serie de elementos críticos, subjetivos u objetivos en la construcción global del concepto teórico de escala. Según George Benko, la escala forma parte de la

recomposición de los espacios, puesto que ella traza los recorridos para las emergentes condiciones de organización de flujos económicos, la circulación de los bienes y servicios, entre otros procesos visibles en las sociedades contemporáneas.

Pero, si fuera lo segundo, estaríamos hablando sólo de una decisión. La escala, en su dimensión metodológica, absorbe el impacto de las formas de comunicación articuladas por las y los estudiosos del espacio geográfico, para establecer un diálogo válido, objetivo y científicamente reproducible. El problema del conocimiento en geografía está radicado, en parte, sobre esta decisión: los impactos de acciones sociales sobre el medio natural, como la explotación del Amazonas o las pingües rentas devengadas de la expansión residencial en áreas periurbanas, reflejan la necesidad de compartir saberes, abrir caminos y admirar la excepcionalidad del espacio.

Ciertamente, la geografía tiene la capacidad de construir y desarmar debates; de materializar las aspiraciones, temores y terrores en distintos contextos. Pero la escala no se transforma, pareciera que sólo se adapta al lenguaje de quienes la utilizan, a partir de sus niveles de impacto y visiones frente al espacio mismo. Las personas producen ritmos y cambios

acelerados; caminan por las sendas espaciales de vida que describiera Torsten Hågerstrand, y pueden nunca encontrarse. Sin embargo, habitan los escasos e intrincados codos, nodos e intersecciones de lo urbano y lo rural; de lo natural o artificial. La geografía está definida por esta escala, la humana.

La magia de las ciencias está en que no hay truco alguno. El atrevimiento del pensamiento geográfico golpea con fuerza sobre las murallas del consenso. Esta multiplicidad de lenguas permite hoy exponer, denunciar, describir, reflexionar. No sólo está configurada como un conjunto de mapas, tablas e ilustraciones que dan cuerpo metodológico frente a una cuestión científica. Más bien, son las cuidadosas pinturas que cubren al pensamiento crítico actual, tan necesario y tan esquivo. Estas lenguas levantan nuevas sendas y dan cuerpo a la narrativa de lo natural y lo humano.

En esta nueva entrega, la Revista de Geografía Espacios busca incomodar la estabilidad de estas sendas y, de cierta forma, intervenir en la definición tradicional de esa escala humana. La geografía es una lengua madre con distintos acentos, entonaciones y gestos; representa el complejo crisol de colores presentes en los rostros de América Latina; y dibuja en ellos la suave esperanza de justicia y solidaridad. Nuestra revista busca, desde la divulgación y el debate científicos, provocar estas sensaciones.

Es imposible desprenderse de las diatribas del desarrollo y el progreso. Aquel proyecto que augurase bienestar desde hace décadas, no hace más hoy que transgredir los equilibrios de la biósfera. Las montañas, los ríos y glaciares expresan las trazas más oscuras de este proyecto. El progreso fue restringido; mientras que el porvenir fue clausurado. Tomando esa crítica dimensión del espacio geográfico, este número también invita a ampliar la discusión acerca de las formas en que nos asomamos a lo natural. Igualmente convida a reflexionar si su estado actual es efectivamente prístino, o sólo quedan paisajes producidos, explotados y rentables.

Quizás, el progreso sólo ha sido el canto de sirenas, al que férreos y tozudos navegantes se han aferrado. Si se afina el oído, se aprecia el silbido de palabras ingenuas, como técnica. Ésta, feroz arma de control sobre las lenguas de la geografía, disuade cualquier concepción deontológica posible sobre lo espacial, toda vez que inhibe el intento de organizar una ética del sentir-en-el-territorio. El ejercicio del poder no es la única forma en que se expresa la territorialidad presente en las acciones sociales; la omisión de él posee una capacidad aún más destructiva, puesto que erige al progreso como credo y al desarrollo como alabanza. Ahora, tratemos de resolver nuevamente la querrela inicial respecto de los alcances epistemológicos en la escala, sea esta asumida como cuestión metodológica o teórica. Veamos cuáles sirenas comenzarán a cantar primero, y desde sus melodías, tratemos de entablar una conversación en esas otras lenguas de las ciencias geográficas.

Por ello, la invitación a la disidencia forma parte de los relatos que se entrecruzan en esta nueva entrega, donde la sensatez descansa sobre los hombros de quien abre este volumen, para aproximarse más que a un compendio de artículos y ensayos; se erige, en realidad, la voluntad de explorar aquellos espacios negados. Las sirenas no cesarán en sus cantos, los que deben ser descritos, desarmados y rearticulados en pensamiento espacial, crítico y atrevido.

El trabajo que abre esta entrega proviene, precisamente, desde estas otras lenguas en las que se expresa lo espacial. En *Cuerpo y espacio en un recinto residencial de protección de SENAME* las autoras Iria Retuerto, Olaya Gómez, Francisca Ibieta y Fernanda Stuart, describen y desarticulan las manifestaciones humanas en situaciones de encierro condicionadas para la niñez y adolescencia en Chile, y las formas en que estos trazos en el espacio, se convierten en una metáfora de libertad dentro de la reclusión.

Por otro lado, la investigadora Nataly Pérez ofrece una crítica revisión a la idea de ciudad latinoameri-

cana presente en dispositivos de enseñanza-aprendizaje, como son los textos escolares, en las experiencias de Chile y Brasil. Desde aquí se esboza la emergente necesidad de ahondar en debates acerca de qué enseñar, cómo enseñarlo y hacia dónde podrían apuntar las reflexiones respecto al espacio que se aprende y enseña en nuestras escuelas. La comunicación *Por un concepto de ciudad latinoamericana presente en los textos escolares*, señala algunas rutas para avanzar en esta senda.

En *Energía termoeléctrica en Chile: una mirada desde el discurso desarrollista*, la profesora e investigadora Daniela Escalona expone el complejo derrotero que ha seguido el Estado de Chile en la producción de energía, para sostener de forma insustentable el proyecto de progreso que fuera trazado durante la segunda mitad del siglo XX. Este trabajo entrega una importante perspectiva para la discusión desde, probablemente, el más crítico de los conceptos contemporáneos: la sustentabilidad.

El arquitecto Mario Torres propone una atrevida revisión del neoliberalismo y la organización espacial de las ciudades, a partir de semblanzas y metáforas, que describen las cicatrices del modelo económico de marras en el caso de las ciudades chilenas. La comunicación *Planeamiento urbano en Chile: un desafío desde el modelo neoliberal* busca extraer del solipsismo que seduce la vista de quienes, entre edificios y cristales, ve florecer minúsculos trazos de humanidad.

El emérito académico Reinaldo Börgel nos ofrece una reflexión detallada e informada acerca de las *Geografías de la Patagonia chilena*, evocando la frase que repitieran los padres de las ciencias de la Tierra contemporáneas James Hutton y Charles Lyell: *el pasado es la llave del futuro*. En ella, se descubre una interesante organización del paisaje glacial del sur austral chileno, que hoy convoca a investigadoras e investigadores del todo el mundo.

Finalmente, en la sección regular de artículos, se presenta la síntesis del trabajo de campo que el Núcleo Temático de Investigación dirigido por la profesora Alejandra Mora, realizara en conjunto con estudiantes de la Escuela de Geografía UAHC, en la zona litoral de la ciudad de Constitución. *Dinámicas de resiliencia en la zona de Constitución (Maule, Chile) después del terremoto y tsunami de 2010* propone metodologías desde la teledetección y descomposición de imágenes satelitales para evaluar los impactos de este crudo, y aún complejo de comprender, evento de la naturaleza.

Se ha planteado más arriba que estas nuevas lenguas son atrevidas, pero hemos olvidado que también, estos trabajos reflejan las identidades de la geografía. Ciencia que no es ubicua, sino excepcional: cada espacio es un cosmos en permanente movimiento, que se abre y cierra, tal como el cielo durante una tempestad estival. Son las sendas y trayectorias de quienes le investigan y comparten. Aquí, una pequeña muestra de ello.

Bibliografía

Benko, George (2000). La recomposición de los espacios. *Geographicalia*, N° 38, p. 3-10.

Hägerstrand, Torsten (1967). *Innovation diffusion as spatial process*. Chicago: The University of Chicago Press, 334 p.